

de bolos y no sé cuántos primores más. Este convento, los ranchos de *Pedregoso*, la *Cuesta*, *Jalacingo*, *Estancia de Ayo-nes* y otras posesiones rústicas, estaban destinadas á la manutención de cuatro frailes y dos legos.

Pronto aprendí las declinaciones y conjugaciones; pero antes estuve listo en aquello de

La señora *musa muse*
Y el señor *dominus domini*,
Se fueron al *templum templi*
A oír el *sermo sermonis*.

Y también supe lo de

Quis vel qui,
Todos los burros se quedan aquí;
Y el que de aquí pasa
En *verbitos* se atrasa;
Se ordena ó se casa.

Amén de *pastorcito come adoves*. *Non est peccatum mortalís occidere patrem sum*. *Caracoles comes* y otras lindezas así.



CAPÍTULO III

Donde se declara quiénes eran y qué pensaban los padres Luna y Huerta

EA celda de mi bienaventurado maestro Fray Martín de Luna, era amplia, bien-orientada, resplandeciente de aseo y blancura. A mí me parecía uno de los más deleitosos lugares de la tierra, y quizás pensaban lo mismo que yo los señores regulares que vivían en el convento, pues la habían constituido en mentidero y lugar de cita para contar chismes, hablar de política y decir mal del prójimo.

Antes de vísperas y después de laudes, instalábase allí la comunidad, que no podía ser más reducida. El prior, Fray Joaquín de Angeles, era un viejo con medio siglo en cada pata, tembloroso y enfermo de ausencias, hasta cau-

sar risa. Más nulo por sus alcances intelectuales que el mismo prior, era Fray Manuel de Salas, buen mozo y arriscado, pero en cuyo derredor se cernía el peso de una historia de amores, cuchilladas y muertes que ponía espanto.

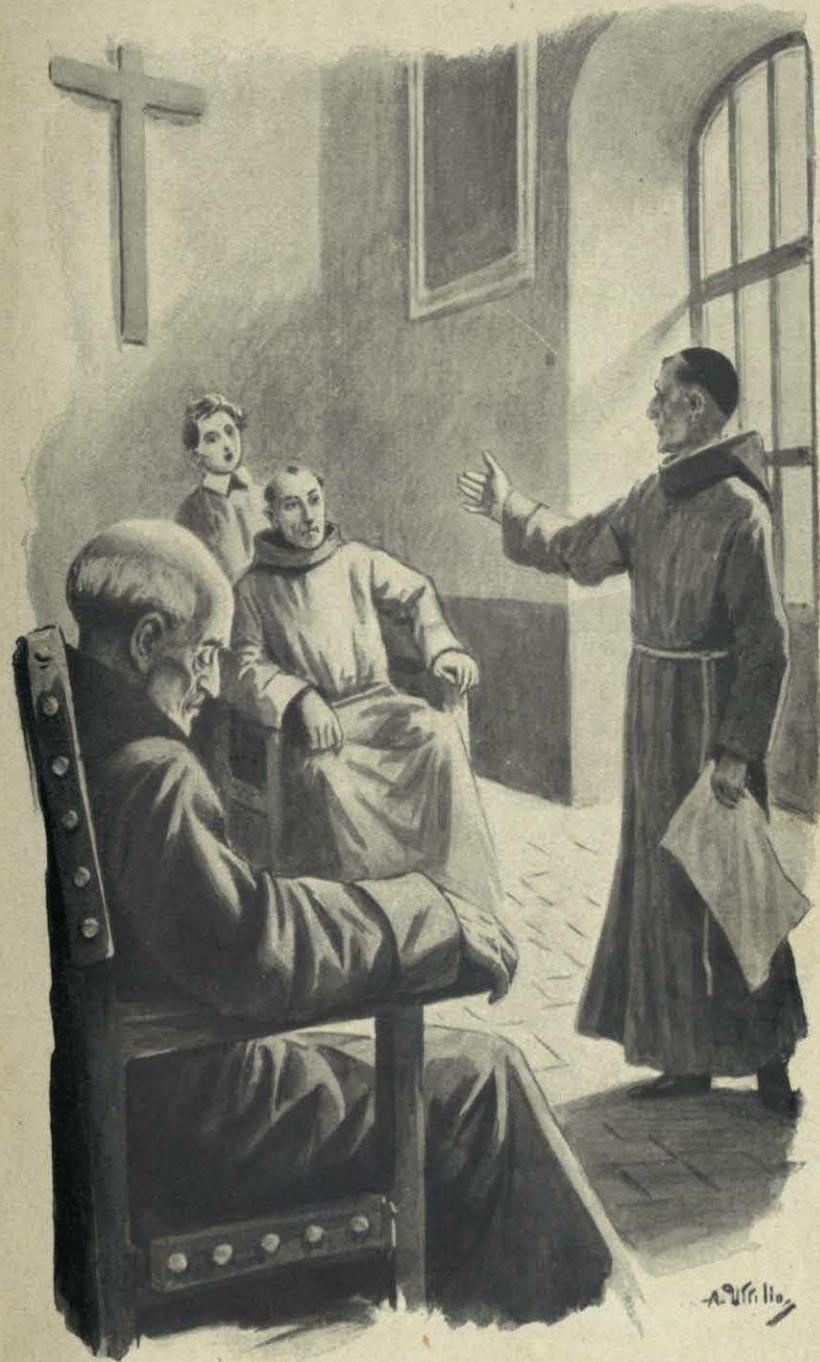
También tenía historia, aunque no trágica ni vergonzosa, Fray Antonio Huerta, seco, amojamado, que casi no alzaba los ojos del suelo y gastaba una vocecita tan suave y harmoniosa que nadie habría creído las pestes que de él se decían, si no estuvieran atestiguadas por la tradición constante en el pueblo.

Fray Antonio era nada menos que un descamisado de la peor calaña, un espíritu rebelde que había merecido ser desterrado á Tlaxochimaco, en castigo de su insubordinación.

Se contaba que leía á diario los autores prohibidos; pero no para refutarlos y demostrar sus errores, sino para aprender sus vitandas doctrinas y complacerse en sus perversas enseñanzas.

Se carteaba con yorkinos y exaltados, hablaba de cosas que en aquel tiempo aparecían tan imposibles como meterse el sol en el bolsillo ó volar con alas prendidas con cera, y se decía que mandaba á los periódicos jacobinos artículos tan razonados y llenos de lógica, que ponían verdadero espanto en las huestes contrarias.

Descartados el prior, que era un carcamal incapaz de



En México se están batiendo

discurso, y el guapetón del Padre Salas, no quedaba para ponerse frente á Fray Antonio sino mi maestro Luna.

¡Jesús, y las broncas que armaban, las cosas que decían, los textos que citaban, los argumentos que exponían y las respuestas con que se abrumaban! Era cosa de poner tablados para oír aquel desencadenamiento de la facundia y la pasión humanas.

Una siesta entró Fray Antonio llevando en la mano no sé si *El Republicano*, *El Monitor* ú otro periódico, y nos dijo pesaroso:

— En México se están batiendo; seis días lleva la guardia nacional de tirotear á las tropas de Farías.

— ¿De veras, Padre? dijo Luna; pues crea que yo lo aguardaba. No era justo que los señores *polkos* vieran tranquilos insultar y despojar á la Iglesia, sin que hubieran volado en su auxilio. Sólo á un bellaco del tamaño de Farías se le ocurre querer imponer gravámenes á las propiedades sagradas. Como si no hubiera censuras claras y terminantes contra los que tocan esos bienes, en el santo Concilio de Trento y en el Tercero Mexicano. San Agustín y San Jerónimo, Su Paternidad lo sabe tan bien como yo, tienen textos que no sé cómo sabrán conciliar con su rapacidad los señores canonistas del demócrata Farías.

— Pero si hay esas prohibiciones, ¿cómo se explica que los señores eclesiásticos de México estén suministrando dinero á las tropas pronunciadas? Dos pesos dia-

rios por cabeza de oficial, entregan los mayordomos de monjas, y sólo así han obtenido el pronunciamiento.

Y si recaen tantas censuras y excomuniones, ¿cómo se concilian con el derecho que tenían los monarcas españoles de disponer de la plata de las iglesias en tiempo de guerra ó de necesidad?

— Bonito; pues si en tiempo de guerra podían apropiarse esas cosas, *en tiempo de paz no dejarían de cogerlas.

— Y estarían en su derecho, porque precisamente la primera condición con que las comunidades poseían, era el permiso de la Corona.

— Pues en ese caso se podrían suprimir conventos, destruir iglesias, vender bienes de cofradías y hacer mala barata de todo, como si la Iglesia fuera sierva y no señora, como si tuviera en préstamo y no en propiedad esas cosas.

— Precisamente, Padre, ese fué el gran mal de la monarquía española: desde el tiempo de Carlos I se echó de ver que los conventos eran tantos, que convenía restringir esas casas y tener más trabajadores.

Al descubrirse la América el mal pasó acá: ya en la época de Felipe IV, el ayuntamiento de México ocurría al Rey, haciéndole presente que debía prohibir la fundación de conventos de monjas y frailes, que eran en tal cantidad y tan ricos, que pronto dejarían al reino sin gente y sin blanca. Sólo una de las órdenes que en el siglo XVIII im-

peraban en Nuéva España, tenía haciendas en que se esquilaban anualmente más de 300,000 ovejas, sin contar el ganado mayor; muchísimos ingenios de azúcar; dinero y casas en cantidad incalculable. Por eso la Compañía de Jesús fué abolida, por eso las Cortes de España en 1820 declararon que se debían reducir los bienes de los conventos, hospitales, casas de asilo, cofradías, archicofradías y memorias, de manera que apenas pudieran vivir decorosamente con sus productos los individuos que de ellos tenían que subsistir.

Para evitar las consecuencias de esa y otras medidas, nuestro clero aceptó el Plan de Iguala; pero no contaba con el avance natural de las ideas y con el trascurso de los tiempos: la inflamación y la podredumbre que se atajaron por un lado, reventaron por otro con furia nunca vista. Allí tiene Vuestra Paternidad las disposiciones de la primera Vicepresidencia de Farías, que tanto espantaron á los timoratos; allí tiene la actitud del partido puro, que, ó no sé yo nada de estas cosas, ó está destinada á producir algo muy sonado; y todo ¿por qué? Porque tenemos acaparada la riqueza pública, inactivos valores inmensos, ociosas á más de quince mil personas entre hombres y mujeres é influido y fanatizado á todo el resto de la población.

— ¿Y las misiones, y las escuelas, y los hospitales y los colegios de *Propaganda fide*? A ver, resuélvame eso; y dígame si algún día podrán los jacobinos mantener la

enorme cantidad de gente que vive á nuestra costa, comiendo la sopa boba de los conventos.

— Pues le digo á Vuestra Paternidad que los hospitales que el clero sostiene, no bastan para atender al incalculable número de desheredados que necesitarían de su auxilio; que las escuelas son atrasadísimas, y que de nuestros seminarios apenas salen *lárragos*, discutidores, pero no gentes de ciencia ni piedad; que no hay en todos nuestros colegios cátedras de hebreo ni de idiomas modernos, ni de historia profana, ni de nada, en fin, de acuerdo con las luces del siglo; y que toda esa gente que se mantiene á expensas de los conventos es una turba de haraganes que, como tiene segura la comida, se dedica á vivir de holgazana ó á hacer picardías de todas clases.

— Pero esas cosas las tiene que remediar el bendito General Santa Anna, que ya ha de haber llegado á la capital para quitar de enmedio al protervo Farías. Ese nuevo Gedeón, ese deseado de las gentes, ese héroe invictísimo, ese defensor de la religión, esa estrella de Oriente, es el destinado á cambiarlo todo. ¡Y poquito que nos envidian las naciones extranjeras á nuestro Presidente! Sepa V. P. que no hace mucho le escribió Lafayette, ese General que tan famoso es en aquellas Europas de Dios, y que lo pone por las nubes. Sí, sí, bien lo *manzanearán*; pero para ellos estaba el señor Santa Anna. Se guarda para su patria, para su tierra querida, y primero que

hacer la felicidad de Austria ó Francia, ó de los reinos del Prèste Juan, ha de dedicarse á lo que tiene cerca; tanto más cuanto que México es la nación más rica del mundo: suelo fértil, minas de oro, bosques en que abundan todas las maderas, caídas de agua...

Con razón los malditos patones, que en su tierra no tienen más que aridez y tristeza, tratan de quitarnos lo nuestro; pero á buena parte van: primero necesitan vencer al esforzado Santa Anna, y eso no lo conseguirán ni volviendo á nacer.



S. A. S. D. ANTONIO LÓPEZ
DE SANTA ANNA

— Pero, Fray Martín, por los clavos de Cristo, ¿qué está V. P. ensartando allí ni qué va á impedir el General Santa Anna, ni Señora Santa Ana ni alma nacida ó por nacer, que las cosas lleguen cuando deben llegar; ni cómo van á hacer para que la propiedad mal repartida esté repartida mejor, ni para que los agravios acumulados en tanto tiempo de política absurda queden extintos y proscriptos? Mucho podría hacer Santa Anna ó cualquier hombre si tuviera buena voluntad y mejor entendimiento;

pero no veo trazas de ello. Y lo peor es que nuestra santa religión va quizás á sufrir y á ser perseguida, cuando bastaría un poco de desprendimiento y otro poco de amor á Dios para evitar esa catástrofe.

— Tonterías, Padre Huerta, tonterías; esos librotos que V. P. se lee, le han trastornado el seso y comienza á ver visiones: mire que no son gigantes sino molinos de viento; mire que esas cosas de que habla no hay quien las mire en el mundo, exceptuando á los tres ó cuatro sutiles y almidonados que comulgan en la capillita de V. P...

Entretanto el superior roncaba; Fray Manuel, que se había salido sin que lo sintiéramos, jugaba con los legos á la barra en el huerto del convento, y yo permanecía con tamaños ojos abiertos, sin entender la mitad de lo que hablaban aquellos varones, pozos de ciencia.

Así, entre dísputas de frailes y textos del *Arte poética*, de la oración *Pro Archia*, de las *Églogas* de Virgilio y de las *Odas* de Horacio, pasé dos años, dos años que miro más claros vivos en la tela de mi vida, que los que ayer tejió la suerte, tan descoloridos y faltos de encanto.

Un día el padre Fray Martín se plantó en mi casa, y dijo á mi padre mientras yo borrajaba unos versos latinos en un viejo cartapacio:

— Amigo Andrés, aquí tiene usted á su hijo convertido en un habilísimo latino; y ya sea que su genio lo lleve por el cultivo de los *dulcia arva*, que diría nuestro Marón;

ó que se incline á los tratos de Mercurio; ó que desee hacer conocimiento con Belona, puesto que los tiempos son de aquellos que decía Lucano:

¿ Quis furor, o cives, quæ tanto licentia ferri ?

tendrá como reliquia sagrada las buenas letras que me ha tocado la suerte de enseñarle, pues como cantó el profano:

Quod semel est ibuta, recens servabit odorem.

Ahora es tiempo de que usted, si puede, ó sus valedores, si los tiene, agencien para el chico una *beca de merced*, ó á sus expensas lo envíen al Seminario de Guadalajara, donde podrá lucir por lo que sabe y aprender lo que ignora.

Se conocía que á mi padre no le cogían de nuevo esas cosas, y que más que el mismo Luna había pensado en la manera de salir de aquella situación; pero nada dijo, por lo cual el bueno del fraile siguió hablando:

— Anímese, Andrés, y háblele á su compadre don Crescencio Torres Lares, que yo sé lo estima y que si quiere puede favorecer al muchacho; aunque no haría gracia ninguna, pues padrino es de Juan, y obligación tiene de ayudarlo conforme á conciencia.

Algo contestó mi padre alegando su cortedad y falta de ánimo, algo porfió el fraile, y por fin quedó resuelto que Fray Martín hablaría á mi padrino para pedirle su ayuda en aquel difícil negocio.



CAPÍTULO IV

Se presentan las distinguidas personas del cacique del pueblo, su mujer y sus hijos

No sé si en lo anterior he mencionado con el acatamiento que correspondía, á mi padrino don Crescencio Torres y Lares Vázquez de Medrano y Ayllón, cuarto marqués de casa Ayllón, ex regidor perpetuo de la villa de Tlaxochimaco, patrono del santuario en que se veneraba á Jesús Nazareno y cacique indiscutido é indiscutible del lugar.

Era hijo de don Pedro Torres y Lares, tercer marqués y persona famosa por una tristísima causa: había sido ahorcado por el jefe Mina, por haberse rehusado á proporcionar á su tropa no sé qué mantenimientos que le pedía.

Don Crescencio era el tipo del caballero á la antigua: franco, leal, honrado y generoso, estaba lleno de bondad para todos, principalmente si eran sus inferiores; pero esa bondad y esa sencillez suyas no llegaban á significar que tuviera la idea de que aquellos á quienes favorecía pudieran ser iguales á él, ó siquiera sus prójimos. Era estirado, reseco y duro naturalmente, sin alardes ni fingimientos, como lo es un pino que le han quitado las raíces, con la diferencia de que este pino guardaba follaje y solía prestar sombra á quien la necesitaba.

La casa de mi padrino era vieja, pero con esa vejez lozana de las obras destinadas á perpetuarse. Tenía un solo piso, ancho zaguán, escudo en el frontis, herrumbrosos balcones de gruesos barrotes y como remate la imagen tallada en piedra de un santo ó santa cuya fisonomía no se lograba distinguir.

Era vasta, vastísima, casi como el convento. Tenía tres entradas que daban á otras tantas calles, y otra que desembocaba en un arroyo sucio y fétido que atravesaba el lugar y conducía todas las inmundicias hacia el río.

Cuántos cuartos y en ellos cuántas rinconeras talladas, cuántas cornucopias, cuántas imágenes de santos de hechura queretana ó guatemalteca dentro de capelos de cristal, cuántas cajas de madera de alcanfor, cuántos roperos de caoba, cuántos caracoles de la mar atrancando puertas y cerca de las rejas de las ventanas.

Recuerdo todo aquello como si lo estuviera viendo y tocando, con sus colores, sus contornos y sus detalles, y así recuerdo aquel cuarto en que se guardaban las cosas fuera de uso. En la pared había retratos de muchos antepasados de la familia, repetición de los que honraban la sala: el oidor de la audiencia de los Confines, el alcalde de corte en tiempo de Revillagigedo, la primera marquesa, que se contaba había mancillado el lecho de su esposo con un criado de escaleras abajo, el arcediano de la Catedral de Puebla y la bellísima doña Clara Ayllón, asombro de su tiempo.

Los hombres tenían el ceño fruncido, altivos los labios, la peluca más ó menos alta según el tiempo y en la mano inevitables los guantes de gamuza.

Las mujeres, en medio de la selva de tirabuzones de la cabeza y de los encajes del cuello, mostraban en la boca una sonrisa tan hondamente lujuriosa é incitante como la pulpa de un fruto delicado tras los estorbos de la corteza.

Los baúles olían á sándalo, á almizcle, á oriente remoto y á Regencia corrompida. Había allí abanicos de laca delicadamente miniados, bargueños incrustados de nácar, arquetas de madera en que se veían esculpidas inverosímiles escenas de guerras y amores, biombos en que relucían con el apagado fulgor del oro que deben guardar los gnomos en el centro de la tierra, quimeras aladas, dra-

gonas de colas espantables, fauces de serpientes, toda una fauna de febricitante.

Por el suelo yacían altos sillones desvencijados, sin cojín, con los brazos y el asiento durísimos, brillantes por el uso; parecía que una generación de ascetas había meditado en ellos acerca de la maldad del hombre y la inania de la existencia.

En grandes arcones de cerradura llena de orín se hallaban los trajes blancos, amarillentos por el encierro y la obscuridad, como castas monjas que se tornaron anémicas por el velo y las rejas; trajes que sirvieron para bailar minuets y que hablaban de fiestas galantes, de amores y de duelos; trajes de madroños, mantillas blancas y negras todavía olientes á vino, á incienso, á agua de la Emperatriz y á cera bendita; medias de seda y chapines de raso que oprimieron pies inverosímiles, espadines, gorgueras, casacones, pelucas, capas de grana, todo un pasado de romance y de historia, de corrupción y de ascetismo.

Pero maldito si veíamos esos primores yo y los hijos de mi padrino, Crescencio, Pedro y Ramón, que nos metíamos á aquel cuarto á representar comedias de nuestra invención, vistiéndonos los trajes de los antepasados, tocándonos con los peluquines y esgrimiendo las espadas nada menos que contra los monos de la pared, complaciéndonos en romper el escudo que se hallaba en lo alto de cada cuadro; simbolismo que ahora me espanta, como que

venía á decir nuestro desprecio á la tradición y nuestro deseo de destrozarla valiéndonos aun de sus armas enmohecidas y sin filo.

En estas correrías era parte integrante la niña de la casa, Trinidad, Trini ó Trinita, como le llamaba todo el mundo. Era de la piel de Judas, arrojada, valiente, capaz de inventar las peores atrocidades; y á sus diez años sabía más que nosotros á nuestros catorce ó quince.

Era monísima, linda, exquisita, de grandes ojos negros, de tez sonrosada; parecía hecha de nieve y de rosas.

Como yo era el extraño, me tomaba en sus juegos por su novio ó su marido, cuando no me hacía descender á más bajos menesteres y convertirme en mula ó toro.

Por todo eso pasaba yo lo mismo que por ser pellizcado, mordido y golpeado por la señorita, que gastaba sus puntas y ribetes de bravía y terrible.

Un día de aquellos se acercó hasta nuestra guarida mi señora doña María Antonia, esposa de don Crescencio, y llamándome aparte, me encargó suplicara á mi padre se sirviera aguardar aquella noche, que irían por casa ella y su marido.

La recomendación sirvió, no para que mi padre dejara de salir, pues jamás ocurrió á tertulia ni rebotica, sino para que se comprara un velón de á *medio*, que se colocó en un candelero de azófar, y para que tanto mi tía como

mis hermanas esperaran vestidas con sus *túnicos* de linón y sus rebozos *ametalados*, la visita de tan honradas personas. Además, las sillas de tule, el cuadro de la Refugiana y el otro de pájaros hecho en Michoacán, se limpiaron y bruñeron más de lo de costumbre, se cambió el olán que servía de cubierta al canapé, y se avivó el fuego del brasero que ardía siempre en una mesa.

A los *clamores* de las ocho llegaron mis padrinos, y mientras las muchachas, todas cortadas, recibían á la señorona y la hacían sentarse previo el abrazo de estilo y el «¿Ustedes cómo han estado?», don Crescencio echaba los brazos á mi padre, diciéndole con cariño:

— Pero, compadre, ¿qué pasa con usted, que me manda embajadores cuando puede por su propio derecho ir á abogar por cualquiera? Vengo á reñirlo y á prevenirle que no se ande valiendo de nadie cuando necesite algo de mí.

Y mano á mano se encaminaron al estudio, mi padre, chiquitín y flacucho, y el cacique, alto, con *clavo* blanco, con ojos negros, ataviado con chaqueta y pantalón de paño y cubierto con capa de enormes vuelos.

No sé qué hablarían los señores; pero cuando las visitas se ausentaron, mi padre nos dijo á todos, lleno de gozo:

— Abrácenme, muchachos, que hemos ganado; mi compadre Crescencio, que es el hombre mejor y más ca-

ballero de toda la tierra, me acaba de dar el gustazo de decirme que va á mandar á Juanillo al Seminario de Guadalajara á fin de que estudie y se haga un hombre. Se va en compañía de Pedro y Ramón, los niños de Torres, y no de *mocingo*, ni á la sopa de nadie, sino pagando su pensión y viviendo al lado de esos chicos que Dios ha de bendecir, como hijos que son de tal padre.

Hubo de todo; llantos, exclamaciones de sorpresa, besuquesos y muestras de alegría; pero á todo puso término el jefe de la casa diciéndonos:

— Ahora hay que acostarse y consultar con la almohada cómo le arreglaremos ropa al muchacho para que no se presente hecho una miseria. Se van á principios de Octubre, pues el *inicio* de clases es el día diez y ocho.

Ya llegan Teresa y Lucas
A recoger el ganado,
Que Bartolo y Agustín
Dejaron desparramado.

Se marchó cada mochuelo á su olivo; pero yo no logré descansar; me tenía desvelado el notición y no sabía si alegrarme, entristecerme ó quedarme perplejo: veía al mundo por un agujero de mi imaginación, pero al mismo tiempo que contemplaba esplendores que me cautivaban, percibía negruras que me ponían pavor.

Cuando empezaba á dormirme sentí en mi boca el roce de unos labios impregnados de amor, y en el rostro la caída de gotas de un líquido tibio, mientras veía alejarse la figura de mi padre que había venido á buscarme desde su recámara.

Al día siguiente todos nos levantamos con el alba, decidores, alegres, llenos de esperanzas y deseos.

No sé cómo allegaría el pobre viejo lo necesario para trajearme; ello es que don José Mercado, el sastre del lugar, se presentó á los dos días en casa, llevando variedad de telas. Se escogieron las más baratas, me tomó el sastre las veintidós medidas de rigor, y á poco llevaron los tres vestidillos que se me compraban.

Al mismo tiempo mi tía y mis hermanas llegaban diariamente del comercio con fardos en que figuraban el *imperial* y el *calicot* como primeras materias, y como de adorno la *estopilla*, la *silesia* y el *bramante*. Todo el día se escuchaba en la pieza de costura el ruido característico de las telas al romperse, y se veía á las muchachas atreadas adornando las pecheras de mis futuras camisas con *lomillos*, *ojos de ratón*, *plumas* y demás labores sacadas directamente de los dechados verdes y rojos que habían traído de la escuela como diploma de su habilidad de costureras.

Estábamos á principios de Julio y no sé cómo pasaron los tres meses que tenían que transcurrir antes de aban-

donar la tierra. Fuimos mi padre y yo á dar los *agradecimientos* al padre Luna, nos despedimos de los otros frailes y de las personas de más suposición en el pueblo, á saber: el señor Cura, don Pablo Romo, dueño de la tienda «La Colmena», doña Francisca Mora, terrible prestamista, y las niñas Celorio, ricas venidas á menos, que vivían frente por frente de nosotros, y me quedé sin qué hacer.

Mi nerviosidad me retenía unos ratos en casa y otros me echaba fuera de ella; unas veces me llevaba á las orillas del río, poblado de enormes árboles, y otras á la altura del camposanto, desde donde se contemplaba todo el pueblo; ora me hacía ocultarme en la huerta de las Gómez, repuesto rinconcito lleno de verdura, ora me guardaba en casa de algunas tías viejas que entre mocos y suspiros me decían: «¿Y aun cuando estés en la capital, te acordarás de nosotras, Juanillo? ¿Te acordarás de estas pobres que no tardarán en ir á dar cuenta de sus culpas á Dios Nuestro Señor?»

Y los muebles familiares, los árboles rumorosos, el río que se desenvolvía como cinta de plata, el pueblo acurrucado en el llano, el huerto escondido entre tapias de adobe, y las tías de refajos y postizos, que habían llorado por Fernando VII y conocido á Orrantía, me decían á una:

«¿Por qué vas á buscar lo que no has perdido? ¿Por qué dejas lo cierto por lo dudoso? ¿Por qué abandonas

estos campos cubiertos de verdura, estas gentes que te quieren, estos semblantes amigos, y te vas en pos de vanas ilusiones? Si quieres paz, te la dan estos campos; si riquezas, estos picachos; si bienestar, tus parientes y amigos; si sabiduría, los libros de tu maestro Luna.»

Pero bueno estaba yo para oír esos reclamos ni para darme cuenta de que me hablaban todas aquellas cosas inanimadas (prosopopeya de tercer grado, diría mi amigo el franciscano). Yo no pensaba sino en luchar, en esparcir mi actividad, en hacerme rico, en vivir dichoso, quizás célebre, quizás inmortal y acatado por todos.

Los consejos que Don Quijote dió á su escudero cuando iba éste á gobernar la Barataria, eran cosa sin substancia comparados con los que mi padre me dijo de palabra y me escribió punto por punto con su linda bastarda española. Agradecimiento para con mis protectores, sinceridad, honradez, respeto á mis mayores, discreción, tacto, buena fe, religiosidad, era lo que contenían aquellas letras, que guardo en mi memoria y que me han servido como piedras miliarias para señalar la ruta de mi existencia y hacerme dichoso.

Por fin llegó aquel inolvidable quince de Octubre de 1849. Poco antes de las cuatro de la madrugada me despertó mi padre, que á la cuenta no había pegado los ojos en toda la noche, salieron mi tía y las mucha-



... besamos á discreción manos y rostros...

chas, y todos juntos nos encaminamos á la casa de las Torres.

Ya estaba todo el mundo en pie; Sabás, el mozo de mi casa, introdujo en la cajuela del coche tirado por mulas blancas, que aguardaba á la puerta, la maleta que contenía mis vestidos y unas *arguenas* con un par de gallinas rellenas; salieron mis padrinos, salieron los muchachos, besamos á discreción manos y rostros, nos echamos á llorar como unos chiquillos que éramos, y partió el *guayín* seguido de dos mozos con chaquetas de cuero.

Los primeros momentos transcurrieron sin que nadie hablara: todos recordaban la despedida y se mantenían en un discreto silencio. Sólo yo estaba complacido (vergüenza sentía de ello) porque llevaba en el alma dos sensaciones: una remota, la de que iba á gozar y á ver mundo, y otra inmediata, la de haber besado unos labios rojos, delicados y sabrosos, y tenido cerca un par de ojazos que mal año para el sol que se aparecía por los montes que nos daban frente.

Como ya era de día, volviendo el rostro divisamos á distancia, entre áurea polvareda, una torrecilla roja, las copas de muchos árboles y unas montañas azules que á cada momento se esfumaban más en el horizonte: era nuestro pueblo, que nos decía adiós, mientras se extendían á lo lejos, en llanadas y colinas que se perdían de

vista, el mundo vasto y hermoso, la vida alegre, el porvenir risueño...

Ese primer día rendimos jornada en Pegueros, venta cervantina llena de lodo y suciedad; dormimos el segundo día en Tepatitlán, pueblo de tierra roja que tiene el privilegio de producir las muchachas más guapas en cincuenta leguas á la redonda; y al tercer día, á eso de las cuatro, divisamos un bosque de torres, espadañas, campanarios y cúpulas, reverberando unos con todos sus azulejos, rejuvenecida la piedra de otras al potente conjuro del sol, anunciando estas grandes iglesias que elevaban sus bóvedas á manera de enorme lomo de paquidermo, y delatando aquéllas á pequeñas capillas ocultas entre verdura.

Una hora después pasábamos por San Pedro Tlaquepaque, lleno de quintas coquetas, y á poco entrábamos en Guadalajara. Frente á una casa que ostentaba las barras del escudo de la Merced, paró nuestro *guayín* y echamos pie á tierra.

Durante el camino trajo afligidos y temerosos á nuestros acompañantes, que lo eran dos mozos *cuerudos* y un pariente pobre de los señores Torres, el temor de encontrar ladrones ó partidas de pronunciados de los que todos los días se levantaban; pero tuvimos la buena suerte de pasar sin novedad. Después he sabido que esa fortuna se debió á que el señor mi padrino, á pesar de su altivez, en-

traba en tratos con los bandidos de más renombre en la jurisdicción, cosa que hacían también los otros propietarios que no querían sufrir perjuicio en sus bienes y molestia en sus personas.

Sólo dos encuentros desagradables tuvimos: fué el uno, el de la diligencia ordinaria volcada á mitad del camino, cerca de la *Puerta de los Rodadillos*. Todos los pasajeros yacían *azorrillados*, mirándose en confusión baúles abiertos, colchones destripados y ropa tirada por el suelo. Nosotros pasamos de largo, sin querer oír los gritos que nos daban los míseros desvalijados: los ladrones solían emboscarse, y cuando se iba á prestar socorro á los comprometidos, á lo mejor salían y dejaban por puertas á los auxiliares.

En el *Mezquite gacho* distinguimos una figura fantástica, que á la luz escasa del crepúsculo se balanceaba con ritmo especial desde una rama del árbol. Era un *colgado*, á quien habían subido hasta allí no sé qué tropas ó gavillas. Según nos explicó un rancharo, las huellas que el camino tenía eran las del pobre, que había sido arrastrado gran trecho á cabeza de silla por los jinetes; pedazos de manta blanca se hallaban prendidos aquí y allá en los huizaches y chaparros del camino. El muerto, con los ojos saltados, la lengua de fuera y la cabeza inclinada sobre el pecho, hablaba más alto del estado de anarquía en que vivíamos, que las caras de espanto de los señores que nos

salían á preguntar en cada punto de sesteo ó de jornada, si no habíamos encontrado á los *tulices*, *jurtones*, *preunciados* ó *del gobierno*, que con todos estos nombres se designaba á los que hoy llamamos pura y simplemente ladrones.



CAPITULO V

Lo que era en aquellos tiempos un seminario

Al llegar á este punto se me ocurre preguntarme: ¿por qué nuestra pupilera, la dueña de aquella honrada casa de asistencia, consentía en que se le llamara y aun ella se llamaba, doña Mencía, nombre que trae á la memoria los gregüescos, los jubones y las ropas acuchilladas, y no la sopa de fideos hecha con agua, ni el puchero fermentado, ni el chocolate de la época posterciaria?

Imposible me es dar una explicación de tan intrincado misterio, que sólo por conjeturas puedo explicar atribuyéndolo á que la pecadora aquella se llamaba en el siglo Clemencia, y que por abreviatura ó cariño le trocaron el nombre en otro digno de dama de Calderón ó de Lope.

Era una jamona de muy buen ver, de lindos ojos